

dad al sostener su honor contra el tratado humillante que se la quería imponer (1).

La defección del elector de Sajonia hacía imposible la paz. En vano se contentaba la Suecia con una paz honrosa. ¿A quién pedirla? ¿Al emperador? El emperador no podía otorgarla: ¿había de dar su amistad á los Suecos, que habían estado á punto de quitarle el imperio? ¿Indemnizaría él á los Suecos por el trabajo que se habían tomado para destruir su poder? Los Suecos no podían obtener la paz sino como vencedores, y la muerte de su rey y despues la derrota de Nordlingen habían comprometido su posición en Alemania; pero ésta no era tan desesperada que pudiera arrojárseles de imperio, como quería hacerlo el elector de Sajonia. Por eso la guerra continuó necesariamente; valía más batirse, á riesgo de ser vencidos, que aceptar las condiciones humillantes de una derrota, mientras que tenían las armas en la mano. «Los Suecos, dice Richelieu, resolvieron defenderse y dejarse arrancar por fuerza lo que tenían adquirido con tanta gloria y á costa de tanta sangre ántes que entregarlo cobardemente», (2).

Se acusa á los Suecos de haber perdido de vista el objeto primitivo de la lucha, la libertad Alemana, para no pensar más que en su interes particular. Aunque así fuera, no tendrían derecho de quejarse los príncipes protestantes, siendo ellos los que habían abandonado y hecho traición á su aliado. Pero el cargo que se hace á los Suecos no es fundado. Verdad es que hicieron pagar cara á los Sajones la traición de su duque; pero no olvidaron por eso los intereses del protestantismo; al contrario, fueron sus defensores obstinados en las negociaciones de Osnabruk, y de ello se quejaban los plenipotenciarios franceses, que se veían comprometidos por aquel celo ultraluterano: «El designio de los Suecos, dice el conde de Avaux (3), es establecer la fe de Lutero aún allí donde no ha sido predicada por el gran apóstol.» Su ambición era siempre la de Gustavo Adolfo: erigir sus posesiones alemanas en electorado, con lo cual los protestantes tendrían mayoría en el colegio electoral, pudiendo contar con que la elección recaería en el príncipe de Suecia (4). De esa manera se hubiera

(1) CHEMNITZ, *Der grosse Schwedische Krieg*, t. II, p. 575-777 862-865 y siguientes.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. IV, p. 3.

(3) *Memoria del conde de Avaux de 1647 (Negociaciones secretas para la paz de Munster)*, t. IV, p. 29, 34, 27, 38, 59, 62.

(4) «Querrian destruir la religion católica», dice el duque de Longueville (*Negociaciones secretas*, t. IV, p. 83).

realizado la idea de un imperio luterano, con grave peligro del catolicismo. Tales proyectos fracasaron por la oposición de Francia. La Francia no quería un imperio protestante, como no quería un santo imperio católico; quería la libertad alemana, es decir, el abatimiento de la Alemania: era una ambición interesada, ciertamente; más por fortuna hay un gobierno providencial que, por cima de las pequeñas pasiones del hombre, lo encaminaba todo al bien general de la humanidad, hasta el egoísmo de los pueblos y el de aquellos que rigen sus destinos.

§ V.—La Francia.

N.º 1.—El gran proyecto de Enrique IV.

La dominación napoleónica ha provocado un odio ardiente en la raza germánica; los escritores alemanes llevan esa mala pasión hasta el estudio de la historia; se complacen en descubrir la ambición secular de la Francia por querer llevar sus fronteras al Rhin; examinan el éxito de sus intrigas y de sus armas, y acusan la imprevisión que apellidan necedad de sus antepasados al dejarse engañar por las bellas palabras de sus pérfidos vecinos. ¿Cómo podían creer en la buena fe de un Enrique II cuando se proclamaba defensor de la libertad alemana? La libertad jamás es un regalo del extranjero. ¿Cómo pudieron aliarse con Enrique IV para establecer su confederación europea? ¿No veían que el único fin del rey gascon era establecer la monarquía universal de los Franceses sobre las ruinas del imperio de Alemania? Enrique IV es el verdadero autor de la guerra de los treinta años. La desmembración del imperio, fruto de aquella funesta lucha, enseña lo que significa la palabra libertad en boca de los reyes de Francia (1).

Volvamos un instante á la cesión de los tres obispados, puesto que esa llaga aún está viva y brota sangre en los corazones alemanes. La ambición de la Francia y la hipocresía de su rey son claras como la luz del día; pero se olvida que si la libertad alemana fué un buen pretexto para los Franceses, no era ménos efectiva la opresión que amenazaba á la Alemania bajo el régimen español. En el tratado concluido entre Enrique II y los príncipes protestantes se dice: «El emperador trata de obligar cada vez más á los príncipes y Estados

(1) BARTHOLD, *Der grosse deutsche Krieg*, t. I, p. 2.—F. SCHLEGEL, *Vorlesungen über die neuere Geschichte* loc. xv.

del imperio á que decaigan de sus antiguas franquicias y libertades, y se constituyan en una bestial, insoportable y perpetua servidumbre, como lo ha hecho en España y en otras partes: de modo que si no se le pone obstáculo á sus proyectos, acabará fácilmente por realizar lo poco que de ellos le falta... Queremos, pues, con la ayuda de Dios y la fuerza de las armas, ladear de nuestros cuellos ese yugo de bestial servidumbre, y reconquistar las antiguas franquicias y libertades de nuestra cara patria y de la nación germánica», (1). El despojo del elector de Sajonia y el cautiverio del landgrave demuestran que las aprensiones de los príncipes alemanes no eran infundadas; no es, por lo tanto, cierto que se dejáran engañar por el rey de Francia: Mauricio, harto hábil para engañar, no era hombre para desempeñar el papel de incauto; y si apeló al extranjero, es porque sabía bien que los protestantes no eran capaces de resistir á Carlos V; y no pudiendo salvarse á sí mismos, no había más remedio que aceptar el apoyo del extranjero y pagarlo con el sacrificio de una parte del imperio.

Enrique IV se apoderó de los proyectos de los Valois, dándoles la extensión de su genio; pero el puñal de Ravillac estorbó la ejecución y dejó algunas dudas acerca del alcance de lo que él llamaba su gran proyecto. Sully, su amigo, nos ha dejado una especie de utopía política, de la cual habrémos de ocuparnos más adelante; pero aquella no era la idea práctica que su jefe pensaba realizar. La política, sin perjuicio de inspirarse en lo ideal, debe limitarse á lo posible, y bajo este punto de vista es fácil determinar el verdadero fin que perseguía Enrique IV. Antes de su advenimiento al trono había tratado de unir los Estados protestantes contra la Casa de Austria; despues de su conversión no había ya motivo religioso para formar una liga protestante; pero el temor de una monarquía universal bastaba para legitimar la alianza de los príncipes y de las repúblicas que podían temer la ambición de una potencia preponderante. Por eso creemos que Sully expresa fielmente los sentimientos del rey cuando dice: «Nada tenía tan bien grabado ni tan vivamente impreso en el corazón como el hacer una firme y sólida alianza con todos los reyes y Estados del partido frances (la mayor parte de los cuales sabía bien que eran de

su religion, ó, por lo menos, enemigos de Roma y de España), para la destrucción de aquella Casa que continuaba en el proyecto comenzado por Carlos V, á fin de estorbar, por fuerza ó por astucia, la monarquía de la cristiandad», (1).

El gran proyecto ¿se limitaba, como dicen los historiadores alemanes, á reemplazar la dominación española con la dominación francesa? Para apreciar la política de Enrique IV no tenemos más elementos de prueba que las confidencias de Sully; y aún tomando al pié de la letra sus proyectos de reorganización europea, nada vemos en ellos que justifique la acusación dirigida contra él. La Francia hubiera obtenido la Saboya, la Lorena y algunas provincias de los Países-Bajos españoles; ni aún se extendía hasta el Rhin su frontera, esa ambición tan acariciada por la nación francesa y tan odiosa para la Alemania; y en cuanto al reparto de los Países-Bajos, era más provechoso á la Holanda y á la Inglaterra que á la Francia. En realidad, no era aquel un proyecto de Enrique IV, sino una idea de antiguo concebida por Carlos IX. Tampoco era el gran proyecto un acto de despojo, sin otra legitimidad que la de la fuerza. Realmente la coalición iba dirigida contra la rama española de la Casa de Austria más que contra la rama alemana, tratándose de quitar á aquella los Países-Bajos y la Italia. ¿Tenía Enrique IV justo motivo para hacerla la guerra? Esa es toda la cuestión. Ya hemos dicho que la paz de Vervins no impidió que la corte de Madrid continuase sus intrigas en Francia, excitando á los grandes del reino y á los restos de la liga contra el rey. Irritado Enrique IV por aquella sorda guerra, dijo á Sully: «Yo creo que esas gentes no me dejarán en paz mientras que tengan medios de turbarme; que los intereses de Estado son difíciles de armonizar entre las dos coronas, y que hay que fundar nuestra seguridad en cosa más firme que la confianza en palabras empeñadas; ellos me obligarán á cosas en que no había pensado», (2). Richelieu, al hacer constar el estado de hostilidad que existía entre Españoles y Franceses con las exterioridades de paz, hace observar cuán desastroso era para Francia aquel estado: «Desde el tratado de Vervins hemos estado siempre por su malicia más bien en guerra defensiva que

(1) SULLY, *Economías régias, políticas y militares*, t. II, página 284, (edición de Amsterdam).

(2) POIRSON, *Hist. de Enrique IV*, t. II, p. 928-931.

(1) DUMONT, *Cuerpo diplomático*, t. IV, p. III, p. 31.

no en paz con ellos; esto ha sido muy desventajoso por nuestra parte, puesto que hacer la guerra de esa manera es asemejarse á un aprendiz de esgrima, el cual, así que se siente tocado por su adversario, lleva la mano á la herida, sin pensar en prevenir á su adversario, y atacándole, quitarle el medio de que le vuelva á herir. No era, pues, razonable que estuviéramos siempre así; vale más una guerra abierta por ambas partes que una paz mala y fraudulosa por la una,, (1).

La historia debe deplorar la muerte de Enrique IV como la de Gustavo Adolfo; pereció víctima del fanatismo católico cuando iba á ponerse á la cabeza de su ejército para cumplir sus vastos designios; el mundo esperaba que los realizase; ya cantaban los poetas su entrada triunfal en Viena y en Madrid y el abatimiento de la Casa de Austria (2). La victoria de la liga protestante hubiera prevenido los horrores de la guerra de treinta años. Aunque hecha con un fin político, la guerra contra el emperador y contra España hubiera consagrado la libertad religiosa en toda la cristiandad siendo como eran los aliados protestantes en su mayor parte y combatiendo como combatían á los jefes de la reaccion católica. Enrique IV hubiera dado á la Alemania la paz de religion, sin obligarla á pagar el beneficio con la desmembracion de su territorio. El puñal de Ravallac retardó un siglo el progreso de la humanidad.

No podemos penetrar en el secreto de la muerte, es el secreto de Dios; hay, sin embargo, en esos golpes funestos y súbitos una leccion de que deben aprovecharse los pueblos; es necesario que se organicen de modo que la muerte de aquellos que están llamados á gobernarles no paralice ni estorbe su porvenir. Nunca ha sido la herencia del poder real más funesta que en Francia lo fué despues del asesinato de Enrique IV: á un gran príncipe sucede un niño, y los destinos de la Francia, que iban á ser tan gloriosos, fluctúan al acaso bajo el más miserable de los gobiernos. Eso sólo demuestra que la monarquía absoluta no entra en los designios de Dios, y que es á las naciones á las que corresponde desempeñar su tarea, poniéndose al abrigo de la inestabilidad que produce la herencia del poder supremo; la monarquía debe ser un

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. VIII, p. 218.

(2) D'AUBIGNÉ, *Hist. universal*, t. III, p. 512.

elemento de conservacion y no un principio de debilidad y de trastornos; conviene que sea hereditaria, pero tambien que la soberanía no se concentre en una sola cabeza.

N.º 2.—*Richelieu*.

I.—*El rey y el ministro*.

En el momento en que la manó de un fanático dió muerte á Enrique IV, tenía éste á su disposicion un poderoso ejército, y la economía de Sully le había preparado recursos que permitían el cumplimiento de sus grandes proyectos. Pero la regente, influida por los católicos adictos al partido español, encontró medio de debilitar á la Francia malgastando todos sus recursos. Cuando, despues de una sucesion de favoritos á cual más miserable, llegó al poder Richelieu, encontró el reino destruido por facciones, las rentas públicas dilapidadas y los hugonotes en armas. Tal fué el resultado de unos cuantos años de mal gobierno. La Francia de Enrique IV estaba dispuesta á representar el primer papel en los asuntos de Europa, mientras que la Francia de Luis XIII no tenía ni soldados ni dinero, y hasta tal punto debilitada que le fué imposible tomar parte en la lucha empeñada en Alemania. Cuando las circunstancias la obligaron á intervenir, sólo lo hizo para sufrir derrotas; se necesitó todo el genio de Richelieu y toda su perseverancia para devolverla el rango que la pertenecía en el mundo político.

Cuando estalló la guerra de treinta años era ministro Richelieu. ¿Qué política siguió la corte antes del ministerio del cardenal? En 1619 envió Fernando un embajador á Francia para reclamar el concurso del rey cristianísimo, haciéndole observar que la guerra excitada por la revolucion de Bohemia era una lucha del poder real contra el espíritu revolucionario y de la Iglesia contra la herejía. Aquellos sofismas fueron refutados por el mariscal de Buillon, que sostuvo los verdaderos intereses de la Francia en una notable memoria dirigida á Luis XIII: "Es cosa notoria, dice, que el emperador Fernando, viendo casi perdida en Alemania la autoridad de su casa y no teniendo esperanzas de levantarla por sus propias fuerzas y las de España, quiere hacer de su interes particular una causa comun de religion y comprometer á los prin-

cipes católicos para que le ayuden á recobrar lo que se le quita., El mariscal demuestra que la religion católica no está en tela de juicio, puesto que las leyes establecen la libertad de conciencia en el reino de Bohemia, y despues continúa: "Puesto que la guerra es puramente política, ¿querría Vuestra Majestad declararse á favor de la Casa de Austria contra el jefe de la casa palatina, que es vuestro aliado? Si Vuestra Majestad quiere tomar partido en este litigio, creo, señor, que á vuestra prudencia y al bien del Estado conviene preferir los mejores y más antiguos aliados de la corona y socorrerles en caso necesario para detener los progresos que la Casa de Austria pudiera hacer á expensas de los príncipes incapaces de resistirla. Los reyes vuestros predecesores han auxiliado siempre á aquellos que la Casa de Austria trataba de oprimir., (1). Luis XIII, ó, por mejor decir, el favorito que gobernaba en su nombre se inclinó por el emperador, y se vió á la Francia interviniendo como potencia mediadora en favor de la Casa de Austria, contra la cual no habían cesado de luchar los más débiles de los Valois. Hé aquí hasta dónde el régimen católico abatió á un poderoso reino.

La intervencion de la Francia fué fatal al elector palatino. Despues de la victoria de Fernando y del abuso que hizo de ella, no cabía duda ya acerca de la política que la Francia debía seguir; no faltaron buenos consejos á Luis XIII; sus embajadores en Alemania le dirigieron una memoria en que le demostraban la necesidad de socorrer al desdichado *rey de invierno*: si se le abandona á sí mismo, decían, sucumbirá; ¿y qué resultará de ello? Que el emperador será dueño absoluto en Alemania: "Y si llega á manejar sin contradiccion el cetro del imperio, difundirá el terror por toda la cristiandad. Cada cual debe estar en guardia contra el proyecto ambicioso de su monarquía universal., Los embajadores preveían que, para influir, en Luis XIII, se acudiría á consideraciones religiosas, y se adelantaron á decir que el catolicismo sólo servía para velar la ambicion de la Casa de Austria: "Si los reyes de España toman el título de católicos, no es en el sentido de la Iglesia, cuyo interes no les preocupa; piensan más en el imperio católico y universal que en ninguna otra cosa., (2).

(1) *Mercurio frances* del año 1616.

(2) *Embajada del duque de Angulema*, p. 348 y siguientes.

La exactitud de esas observaciones impresionó á Luis XIII, y declaró "que estaba dispuesto á detener los progresos del emperador y á no favorecer más su engrandecimiento., (1). El rey tenía mil veces razon, y, sin embargo, las intrigas de los católicos le sedujeron otra vez. Luis XIII dejó consumir la ruina del elector palatino, y estuvo en poco que tan miserable política dejase á la Casa de Austria extender su preponderancia por la Europa entera (a).

Tal era la política real cuando Richelieu se presentó en la escena, demostrando la influencia que ejercen los grandes hombres en el destino de las naciones. Débil la Francia y sin consideracion alguna, el cardenal hizo de ella la primera potencia de la cristiandad: bajo su largo ministerio desapareció Luis XIII; el verdadero rey fué el ministro. Pudiera creerse que la monarquía absoluta, que acabamos de reprobar porque entraña un principio de debilidad, fué en manos de Richelieu un instrumento de fuerza; no hay nada de eso. Durante su mando de diez y ocho años no trascurrió un día sin alguna intriga de corte hostil al ministro y necesitó gastar más talento para descubrir aquellos incesantes complots y para conservar el favor del rey, que para combatir á la Casa de Austria. Oigamos á un contemporáneo: "Entre los grandes negocios que el cardenal tenía que dirigir dentro y fuera del reino, nada le daba tanto que hacer como el gabinete; porque, áun cuando tenía un gran ascendiente sobre el ánimo del rey, no ignoraba que éste le temía más que le amaba, y que lo que le mantenía á bien con él era la desconfianza que de sí mismo tenía, no sintiéndose capaz de sostener el peso de los grandes negocios en que estaba empeñado. Esto le obligaba á cuidar esmeradamente de que no se acercase al rey persona alguna que no fuera hechura suya; si se encontraba alguno que no fuera de su devocion en su pequeño dormitorio, lo perdía en el momento mismo en que lo colmaba de beneficios., (2). Si el cardenal levantó á la Francia, fué á despecho del rey y de la corte;

(1) *Embajada del duque de Angulema*, p. 536 y siguientes.

(a) Aquí olvida el autor los argumentos empleados para justificar á Gustavo Adolfo; acusa de invasora á la ya bien decaída Casa de Austria; y para justificar la injustificable y ambiciosa política de Richelieu y de la Francia, acude al ridículo espantajo de la monarquía universal. Y las autoridades no pueden ser más fehacientes: todas son francesas.—(N. del T.)

(2) *Memorias de MONTGLAT*, véase á PETITOT, serie 2.ª, tomo XLIX, p. 369.

por consiguiente, el despotismo fué un obstáculo, léjos de ser un apoyo.

Richelieu continuó la política de Enrique IV; renovó la alianza con la Holanda, de que se había apartado con ventajas para España y con gran perjuicio de Francia: "El velo de la religion servia de excusa á aquellos que postergaban el cuidado de los asuntos públicos á los de los particulares, y que ponían la consideracion á Roma, como hábil pretexto para prescindir de los intereses del Estado. El cardenal aseguró que en Roma, más bien que en ninguna otra parte del mundo, se decide de las cosas por el poder y la autoridad más que por la razon eclesiástica, y que el mismo papa sabe bien que los príncipes se ven frecuentemente obligados á hacer por razones de Estado cosas contrarias á sus sentimientos., Richelieu creía que la alianza con la Holanda proporcionaba una gran seguridad á Francia, por lo mismo que debilitaba la Casa de Austria y aseguraba la frontera de los Países-Bajos, que es la puerta más cómoda para los enemigos del reino. Si, al contrario, abandonase el rey la Holanda, sería de temer que se uniese con España, "lo cual equivaldría á renovar la antigua alianza de los Países-Bajos con la Casa de Borgoña, siempre apetecida por los reyes de Inglaterra y de gran utilidad á los de España, porque los fortificaba contra nosotros.,(1).

Para impedir la alianza posible de España, de Inglaterra y de los Países-Bajos, Richelieu concertó el matrimonio de una hija de Enrique IV con Carlos I. Hubo una viva oposicion contra los matrimonios ingleses, que encontraron una resistencia tenaz en el partido devoto y en Roma mismo. El cardenal representó á la santa sede que la union de Francia y de Inglaterra disminuiría el poder de España, y que era muy útil á toda la cristiandad que fuese abatido el orgullo español, y añadió "que el poder espiritual del papa tendría tanto más peso, y que su autoridad temporal sería más considerable, la cual no podía tener gran fuerza más que en medio de la igualdad que debía existir entre las principales coronas de la cristiandad., (2). Y como las cosas fuesen aplazándose en Roma, Richelieu declaró que prescindiría de las dispensas pontificias, y entónces el Santo Padre se apresuró á enviarlas.

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 312-315.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 302, 311 y siguientes.

Todas las acciones y todos los pensamientos del cardenal se dirigían á un solo fin: abatir á la Casa de Austria, y, sobre todo, á la rama española, con la cual había luchado siempre la Francia. La España dominaba en Italia; y abusando de su influencia, se apoderó de la Valtelina. Richelieu, en sus Memorias, explica admirablemente la importancia europea de ese suceso que á primera vista parece tan pequeño: "No se puede dudar, dice, que los Españoles aspiran á la monarquía universal; el gran obstáculo que hasta aquí han encontrado es la separación de sus Estados; para hacer pasar sus tropas de Italia á Flandes se veían obligados á hacer un largo y penoso viaje por la Suiza, teniendo que pedir paso á dos cantones ó al duque de Saboya, que eran los dueños de otorgárselo ó negárselo. Pero teniendo la Valtelina, enlazan sus Estados de Austria con los de Lombardía, y, por consiguiente, á la Italia con Flándes., La posesion de la Valtelina daba á la monarquía española lo que la faltaba, la fuerza de unidad: "Esos pasos, dice Richelieu, en manos de España, pueden ser llamados los grillos y esposas de la cristiandad, con tanta razon como Filipo de Macedonia llamaba al fuerte de Acrocorinto, que estaba á la entrada del Peloponeso, cadena que tenía cautiva á toda la Grecia., (1). Los Españoles habían entregado la Valtelina en depósito al papa; la ventaja para ellos era la misma, puesto que dominaban en Roma y contaban que un príncipe de la Iglesia no se atrevería nunca á atacar á la santa sede; pero no conocían la audacia del cardenal. Richelieu comenzó por negociar y acabó por acudir á las armas; hubo arrebatos de cólera en la corte pontificia: un nuncio amenazó al omnipotente ministro con las armas espirituales de la santa sede; pero el papa se guardó bien de seguir sus consejos: el tiempo de las excomuniones había ya pasado y para siempre (2).

Hecha la paz en Italia, el cardenal dirigió sus miradas á la Alemania. El emperador estaba á punto de hacerse dueño absoluto del imperio. Richelieu quiso "reponer la Alemania en la justa balanza en que debía estar, y para ello reponer á los príncipes despojados de sus territorios., (3). Los continuos pronunciamientos de los hugonotes no permitían al ministro de Luis XIII aventurarse en

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. II, p. 388-391.

(2) LEVASSOR, *Hist. de Luis XIII*, t. II, p. 685 y siguientes.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. III, p. 184.

una guerra extranjera, y se contentó con dar auxilios pecuniarios á Mansfield y al rey de Dinamarca; sclamentemente despues de la toma de la Rochela fué cuando el cardenal pudo disponer de las fuerzas del reino, y su primera palabra fué declarar al rey "que en su política exterior debía presidir el perpetuo designio de poner estorbos á los progresos de España., (1). Ese era el gran proyecto de Enrique IV; sólo para el cardenal no tenía nada de religiosa la guerra de treinta años, en la cual iba á empeñarse: príncipe de la Iglesia, no podía querer la preponderancia del protestantismo. Sin embargo, la cuestion política y la cuestion religiosa estaban tan estrechamente unidas que era imposible separarlas; el cardenal lo intentó, pero fué en vano; representó al duque de Baviera, jefe de la liga católica, que el interés de todos los príncipes alemanes era oponerse al creciente poder del emperador, que el mejor medio de mantener la libertad germánica era quitar la corona imperial á la Casa de Austria, é invitó al duque á que reemplazara á Fernando, prometiéndole el apoyo del rey y de sus aliados (1). Richelieu fué más lejós; cuando Gustavo Adolfo tomó á su cargo la causa del protestantismo, el cardenal aconsejó á los príncipes alemanes, protestantes y católicos, á que se uniesen para obligar al emperador á una paz que garantizase sus derechos; les añadió que, si unos tomaban partido por Fernando y otros por el rey de Suecia, concluirían por arruinar su patria, y que teniendo todos un mismo interés debían hacer causa comun contra el comun enemigo (3).

Richelieu insistió más de una vez en el proyecto de una liga general de los príncipes alemanes contra la Casa de Austria (4); nada más acertado bajo el punto de vista político. Si en la lucha empeñada no hubiese mediado más interés que el de la libertad alemana, no se comprendería por qué continuaron desgarrándose entre sí los príncipes alemanes en vez de unirse contra aquel de quien venía el mal, como dice Richelieu; pero mediaba, además, la cuestion religiosa, de la cual no hacía caso el cardenal, y la religion dominaba á la política. Hé ahí por qué el duque de Baviera continuó siendo el fiel aliado de Fernando, á pesar de las

(1) *Memorias de RICHELIEU*, t. IV, p. 248.

(2) *Memorias de RICHELIEU*, t. V, p. 111 y siguientes.

(3) *Memorias de RICHELIEU*, t. VI, p. 542-544.

(4) *Memorias de RICHELIEU*, t. VII, p. 280, 299; t. VIII, p. 236.

incesantes instancias de Francia. La oposicion religiosa era demasiado fuerte para que fuese posible la union entre los príncipes protestantes y católicos. Se vería uno tentado á deplorar aquellas divisiones como la mayor calamidad para la Alemania, porque consumaron su ruina, como había predicho Richelieu; pero la oposicion del catolicismo y la Reforma era precisamente la causa de la guerra, y la lucha entre las dos creencias era inevitable, siendo, por lo tanto, una vana empresa la de hacer desaparecer las divisiones religiosas, sin las cuales no hubiera habido guerra.

Á primera vista no se comprende la razon por la que Richelieu insistía tanto en la union de los príncipes de Alemania; porque si esa union imponía la paz al emperador, de otra parte impedía la desmembracion del imperio, y, por consiguiente el engrandecimiento de Francia. Esta política ¿no estaba en contradiccion con la ambicion francesa? Para apreciar esto bien era necesario colocarse en medio de los acontecimientos y tener en cuenta la incertidumbre en que se hallaban los combatientes sobre el éxito de la lucha. Las victorias de Gustavo Adolfo alarmaban al cardenal tanto como las de Fernando, porque si no quería un imperio católico, tampoco quería un imperio luterano, y bajo el punto de vista de los intereses franceses tenía razon. Hé ahí por qué buscó constantemente la alianza de Baviera, aun cuando estaba siendo aliado de la Suecia; y halagaba á los príncipes católicos para servirse en caso necesario de ellos contra la ambicion sueca. Y la fortuna le favoreció maravillosamente: la muerte del rey de Suecia, la derrota de Nordlingen y la defeccion de la Sajonia acabaron por hacer á la Francia árbitra de los destinos de Alemania. Por el tratado de Westfalia ganó la Alsacia, que el cardenal no había cesado de codiciar á través de todas las vicisitudes de la guerra (a).

II.—La ambicion y engrandecimiento de la Francia.

Richelieu acusaba á toda hora á la Casa de Austria de que aspiraba á la monarquía universal, peligro que invocaba para legitimar la guerra implacable que hacía á España y al emperador. Al final de la lucha, la corte de Viena empleó el mismo

(a) Hé ahí todo el secreto de la política del cardenal.—(N. del T.)